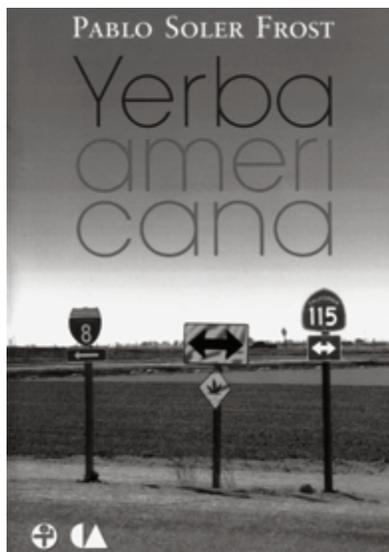


Pablo Soler Frost

Ida y vuelta

Claudia Guillén



Varios foros han servido para propiciar una discusión sobre el posible vínculo, o la supremacía, entre la literatura y el cine; los pensamientos se desencadenan en un debate de ideas que escritores y cineastas defienden con pasión absoluta. Es por todos conocido que la adaptación de obras literarias al séptimo arte ha permitido que la balanza oscile de un lado a otro, sin que esto signifique que la unión de ambos lenguajes haya sido satisfactoria: las imágenes visuales y las imágenes literarias parecen reñir por un espacio autónomo, y ello no permite que habiten la misma plaza sin que exista un enfrentamiento implícito entre ellas.

Si nos ceñimos a los autores en lengua española, quizá podríamos rescatar una o dos adaptaciones, no más, ya que el lenguaje cinematográfico impide en gran medida al espectador recrear los espacios a partir de su propio imaginario; por el contrario, en el cine estos espacios quedan acotados debido

a la imagen física. La polémica seguirá por tiempo indefinido, y esperemos que la relación entre estas dos manifestaciones un día sea complementaria hasta alcanzar un punto medio, o que cuando menos genere ámbitos diversos donde los dos lenguajes distintos logren coincidir, aunque sea por momentos.

Quizá por ello resulta original, y especialmente satisfactoria, la tarea a la que se entregó el narrador Pablo Soler Frost (1965) en *Yerba americana*, relato que surge de su experiencia como guionista de la película *40 días*. En el epílogo, el propio autor afirma que el choque entre las dos disciplinas lo llevó a narrar en esta novela lo que le era imposible plasmar en el guión. Se trata pues, de un ejercicio a la inversa de lo que ocurre regularmente: una película que se adapta a la literatura para conseguir una trama cargada de simbolismos, con una estructura que, por momentos, se asemeja a la cinematográfica: capítulos cortos, fuertes y contundentes, como lo son en ocasiones las escenas de un filme.

Yerba americana es un relato de los llamados *road novel*, como la famosa novela *On the Road* de Jack Kerouac. Narra el viaje por carretera a Nueva York de los integrantes de un trío formado por el Pato, un homosexual católico; Andrés, su mejor amigo desde la infancia; y Ecuador, la mujer que desatará un conflicto entre los dos hombres. Desde las primeras páginas llama la atención el punto de vista narrativo, pues la novela está contada en segunda persona, aparentemente desde la perspectiva del Pato, aunque hay momentos en que el narrador hace afirmaciones como: “Esto no lo supiste sino hasta después de tu regreso”, o “Esto tú no sabías”, lo que causa cierta curiosidad en el lector. Sólo más adelante se advierte cla-

ramente que quien narra no es “la voz interior” del Pato, sino alguien ajeno y a la vez cercano a los protagonistas, algo así como un amigo en común: “Esto te lo informé yo muchos días después”. Por su parte, la línea temporal se sostiene en una combinación de tiempos verbales, presente y pasado —esto es, algunas frases en presente, luego otras en pasado—, lo que al principio intriga un poco al lector; pero conforme transcurren las páginas esta mezcla temporal otorga atractivo al discurso pues sustenta una atmósfera un tanto irreal u onírica. El estilo es muy cercano a lo poético, a lo lírico, y Soler Frost se vale de enumeraciones y de frases en apariencia trucas que excitan la curiosidad y refuerzan la naturalidad de la narración. Sus personajes se expresan con opiniones eruditas que se van desplegando a través de discusiones en las que hablan de cine, de literatura, de música, de política, de sexualidad y de religión, junto con innumerables recuerdos de años atrás, no sólo de su propia vida, sino de las épocas en que vivieron personajes como Salvador Elizondo y el propio Jack Kerouac. Por sus pláticas, por momentos pareciera que los personajes buscan una identidad perdida cuyas raíces se ubican en aquellos tiempos en que se transitaba con todo desparpajo por el camino de las libertades, en que la generación de los Beats o de la Casa del Lago se imponían a través de la ruptura con las tradiciones del pasado; en que los excesos eran moneda de cambio y donde se quedaron muchos de los líderes de la contracultura.

La historia inicia en la Ciudad de México. Por un lado, el Pato está sufriendo una insoponable cruda y se siente solo; por otro, la mujer de Andrés lo abandona para irse de viaje a la India; por otro más, Ecuador, que es actriz, acaba de perder un papel porque

Resulta original y especialmente satisfactoria la tarea a la que se entregó Pablo Soler Frost en *Yerba americana*, relato que surge de su experiencia como guionista.

sufrió un accidente. Andrés llama a Ecuador para invitarla “al peyote” en Real de Catorce. Ella acepta. El Pato aparece en casa de Andrés y “se invita” también. Salen la madrugada del 15 de septiembre. Andrés es cineasta y el Pato poeta. Al principio el Pato demuestra demasiada aversión hacia Ecuador. En el desierto comen peyote y Ecuador se cura de sus dolencias gracias a la droga. Tras el “viaje” espiritual, deciden realizar uno físico y emprenden la marcha a Nueva York. Agarran carretera. Y es justo en esta parte donde comienza a darse la estructura de la “novela del camino”, ya que durante el recorrido el lector va presenciando los paisajes al vuelo, las comidas mixtas que emulan al lugar de origen de quienes las preparan y los comentarios acerca de ciertos modos de vida. Durante el trayecto los protagonistas discuten acerca de los gringos, Andrés filma una y otra vez a Ecuador mientras el Pato bebe y bebe, en ocasiones, hasta perderse. Más allá de Houston, en tanto Andrés filma una cueva con millones de muérdagos, Ecuador se da cuenta de que el Pato está enamorado del cineasta. Pasan por la Louisiana devastada por el huracán Katrina y, en alguna parada, el Pato sale de ligue. Desde este momento se plantea una fuerte tensión sexual entre los personajes: Pato enamorado de Andrés y Andrés de Ecuador.

Yerba americana se divide en tres apartados, y el autor utiliza rimas o versos para nombrar cada capítulo. En el primero, “Soul”, podemos leer algunas líneas de Bécquer; en el segundo, “Country”, algunas de Darío, y en el tercero, “Blues”, algunas de Nervo, con lo que queda establecido un juego implícito entre poesía y música. De esta forma avanzamos por el primer capítulo, que termina cuando salen de Louisiana y entran en Alabama, tras visitar un cementerio donde los tres sienten la cercanía del

Juicio Final, escena que marca la diferencia de caracteres psicológicos e ideológicos entre ellos: el Pato es muy católico, Ecuador no lo es tanto y Andrés no lo es.

Durante la segunda parte, Andrés se da cuenta de que está enamorado de Ecuador; el Pato advierte lo mismo y se pregunta por qué no se quedó en México. Andrés piensa en “coitar” al Pato para seguir solo con Ecuador, pero se arrepiente. En cierto pueblo, Pato y Ecuador van a misa; pese a su modo de vida, él siente el llamado de la santidad. Arlington les parece una ciudad del viejo México. Llegan a Washington y lo primero que visitan es la librería Kramer. Luego la tumba de Whitman en Camden, y el Pato lee un texto de Jodorowsky. Después, en Nueva York, entrevistan a migrantes mexicanos, filman “La muerte de Lennon”, actuando ellos y otros amigos, y van a beber a The White Horse Tavern, donde el Pato asume una actitud atípica para su homosexualidad declarada e intenta acercarse a Ecuador. Los amigos entran en conflicto, pues Andrés le reclama y lo amenaza con dejarlo ahí para continuar con el viaje solos él y Ecuador. Sin embargo, esta situación desencadena una nueva forma de relación entre Ecuador y el Pato.

En el tercer capítulo, camino a California, todo parece indicar que el Pato está ya totalmente inmerso en el alcohol. En Kansas se acuesta con un borracho. Cabe detenernos para mencionar que hay una discusión recurrente durante toda la novela, donde se ejemplifican las diferentes posiciones de cada uno con respecto a la política de Estados Unidos; se trata de pensamientos encontrados y representativos de quienes poblamos el universo latinoamericano, lo que otorga densidad y riqueza al relato. Ya cansados, los protagonistas del viaje quieren regresar a México, pero un acontecimiento da un giro

a la historia y también a sus propias existencias, con lo que *Yerba americana* cierra su círculo para dejar en claro que su planteamiento como “novela del camino” abarca también la “ruta interior”, emocional, de los personajes. Me explico: cuando emprenden esta aventura, Pato, Andrés y Ecuador son unos, y al concluir la son otros, como el propio camino que recorrieron en su Mercedes Benz.

Relato fluido, rápido y a la vez profundo, que renueva el interés del lector con cada nuevo paisaje, cada discusión distinta, cada llegada a un sitio que de inmediato se convertirá en nuevo punto de partida, *Yerba americana* destaca en la producción del autor, pues se trata de un texto sincero, donde lo humano está por encima de lo exótico e incluso del estilo barroco que caracterizan otras novelas de Pablo Soler Frost. Por medio de sus páginas podemos entender que el camino de ida y vuelta se puede dar desde diferentes perspectivas: la de la carretera, la de los personajes, pero sobre todo la que va del cine a la literatura y viceversa. Porque más allá de que el origen de esta novela sea un guión escrito por el también narrador y poeta, como texto literario vale la pena por sí mismo. Es claro que con esta novela, Pablo Soler Frost logra desatar su imaginario acotado por la estructura cinematográfica para mostrarnos la realidad no sólo de sus protagonistas, sino la de quienes viven tanto en las grandes capitales del mundo como en los pueblos más olvidados. ■

Pablo Soler Frost, *Yerba americana*, Ediciones Era, CONACULTA, México, 2008, 192 pp.